

ruages, la figura de los grandes bueres con largos cuernos, el tipo y el traje de los labradores y de los *contadinos* que pasan, la forma y color de las carretas que llevan una porcion de hombres extraños, con hermosos ojos, frente morena y largos cabellos que cubren con sus roncios sombreros, pintarrescos vistosos tales como los ha pintado Leopoldo Robert. De distancia en distancia se ven capillas, torres aisladas, casas rústicas, cuya puerta está decorada con un escudo que corona el sombrero de un cardenal ó de un prelado.

En el horizonte se ven grandes bosques de encinas, grupos inmensos de pinos, cuyas líneas están trazadas por la naturaleza como jamas podría hacerlo el lapiz y el compas del mejor artista. En medio de este vasto llano tan rico, tan verde, plantado de tan hermosos árboles, se ve aparecer una cosa blanca que viene lentamente á travrsar las praderas como una vision, y es la vela triangular de una barca, porque toda esta campiña está cruzada de canales en donde ligeras botes navegan incesantemente. No es fácil describir el encanto de esta invasion del mundo marítimo en el mundo terrestre; vense á la vez veinte de estas barcas venir de los diversos puntos del horizonte y atravesar en todas direcciones la campiña; parecen sus mástiles árboles nómades en medio de los inmortales bosques; sus banderolas agitadas por la misma brisa hacen estremecer los álamos y sauces de la ribera; los cantos de los labradores, es un cuadro único en su género; es una cosa que no tiene nombre; es una flota pastoral; es una navegación campestre.

El camino en donde se goza este hermoso espectáculo tiene sus orillas plantadas de fresnos y olmos, y las parras están suspendidas de uno en otro como hermosos festones y guirnaldas. Vense tambien pastores que llevan por vestido la misma piel de las ovejas; se puede decir que es una égloga viviente.

En menos de una hora se llega á Pisa. En esta ciudad se entra con recogimiento como en la estancia de un enfermo alctargado ó como en la casa de Dios.

Pisa está habitada por una de las cosas mas santas de la tierra, la soledad. Lo que desde luego admira al viajero es el silencio de la tumba; los que tengan

pesares, los que sufran en su corazon, los que tengan el alma enferma y necesiten reposo ó recogimiento, lo hallarán de seguro en esta ciudad, en otro tiempo tan agitada y populosa hoy tan sola y tan absuelta.

Pisa no fué siempre muda, al contrario, fué la ciudad de la alegría y del estruendo, é hizo gran ruido en el mundo. Orgullosa república, sostuvo terribles luchas con las mas poderosas ciudades de la edad media italiana, con Génova, con Venecia, con Florencia; fué el apoyo de los gibelinos, y el partido de los papas la temió largo tiempo. Peleó contra los sarracenos, y les arrebató la Cerdeña, la Córcega y las islas Baleares. Entonces era la reina de los mares; entonces asustaba al Bósforo y el Oriente; entonces enviaba numerosas escuadras en socorro de Jerusalén.

Génova, su terrible rival, dió un golpe mortal á su poder; creyóse entonces que habria caido de toda su altura, empero despues se levantó mas fuerte y mas áлива que nunca, permaneciendo lo que habia sido siempre, una poderosa república. Resistió los ataques constantes de los florentinos, hasta que al fin en el siglo XVI la hicieron sucumbir. Entonces el golpe fué terrible, profunda la caida; Pisa no se ha levantado mas de ella; desde entonces, como un cadáver abandonado en el campo de batalla, la antigua ciudad muerta ha quedado sin voz; Pisa es una muger tendida en el féretro, conservando toda su belleza en la inmóvil actitud de la muerte; es la antigua ciudad de la edad media, muerta sí, empero que parece solo dormida.

El Arno atraviesa esta ciudad. Una larga serie de muelles á un lado y á otro dejan ver magníficos monumentos públicos y privados, en donde se lee el carácter de las diversas épocas. Allí se ve desde el viginal gótico de los primeros tiempos hasta el género adulterado del siglo XIX, siglo que se llama greco-romano, y que se encuentra escrito en la fachada de esta doble fila de monumentos. Vimos el palacio Lanfranco, cuya bella y solemne arquitectura se atribuye al genio sublime de Miguel Angel; vimos no lejos del palacio Lanfranco, de cuya puerta pende un fragmento de cadena rota, y sobre una piedra de mármol se leen estas palabras. (Continuará.)



## LA CIVILIZACION.



ARTICULO 5º—(CONTINUA.)

Ya que hemos nombrado á este distinguido economista, séanos permitido insertar aqui las notables palabras con que expresa su opinion sobre esta importante materia. De lo dicho pudiera tambien deducirse, que la instruccion primaria era un mal mas que un bien, y que la cultura del entendimiento, lejos de debilitar la inclinacion al crimen, tendia al contrario, á aumentarla y á fortificarla. Pero afortunadamente no es tal la consecuencia que debe deducirse. Lo que sí resulta demostrado, de todo lo expuesto, es que la sola instruccion sin estrimida á la educacion moral y religiosa, no ofrece contra la inmoralidad el remedio que ha querido suponersele; que la instruccion superior, no estando unida á un grado correspondiente de educacion moral y religiosa, no procura á los individuos los bienes intelectuales que tiende á promover, y que llega á ser nocivo á las clases inferiores que solo toman de ella medios de perjudicar, y paso que la misma excitacion mental producida por tales estudios, los saca de su esfera social y perturba el orden físico y moral de los pueblos. La instruccion primaria es necesaria á todas las clases para su existencia y su adelanto; pero la educacion es la única capaz de mejorar su mora-

lidad y de dirigirlos por la senda de la virtud. La instruccion superior es conveniente á las sociedades, pero debe ser privativa de los individuos que pueden ser útiles con ella, y solo en el número correspondiente á las necesidades de las naciones. El mal de la instruccion, dice M. Moreau Christophe, procede del modo como se proporciona, y no de ella misma. El modo actual vicia la semilla en su gérmen, y hace producir al suelo frutos inútiles y peligrosos. En nuestras escuelas, toda la enseñanza se sacrifica al agrado del cuerpo, de la memoria y del talento; nada se reserva para las virtudes del corazon. Puede salirse sábio de tales institutos, pero seguramente no se sale virtuoso. Y qué vale la ciencia sin la moral? Continúa el Sr. de la Sagra copiando otro trozo de M. Moreau Christophe, y ponderando la necesidad de la educacion moral y religiosa, y despues añade: 'Lo que sí es cierto, constante y demostrado por la teoria y la experiencia, es que el vicio y el crimen siempre están unidos á la irreligion, y que en infinitos casos, la irreligion conduce á la miseria y siempre á la desgracia. La irreligion, señores, que supone la falta de la fe, de la esperanza y de la caridad, virtudes sublimes cuanto necesarias para la ventura del hombre y la paz de las sociedades, destruye todas las semi-

"*llas del bien y derrama todos los gérmenes del mal.*"

Ya lo ven nuestros lectores, no son ya solos los jesuitas, los frailes y los clérigos, los que invocan la religión como base necesaria de toda educación y enseñanza, si no se quiere andar en un abismo al individuo y á la sociedad; no son ya hombres de aquellos que puedan ser tachados de adictos á los sistemas de opresión y oscurantismo; son hombres conocidos por sus ilustraciones liberales, distinguidos por su ilustración, llenos de experiencia adquirida en largos viajes, y cuyas palabras solo pueden ser hijos de la evidencia de los hechos.

Así ha querido la Providencia que triunfara la verdad; ha permitido que el hombre conquistase la obra insensata de sustituir á la inteligencia del influjo de la religión; y la inteligencia se ha prostituido formando monstruosa alianza con el vicio y el crimen. Vergeza da del decirlo: la instrucción fomenta no, sería de desear que ese hecho lamentable pudiera sepultarse en el olvido; pero los intereses de la civilización, la existencia misma de la sociedad, exigen que se le publique en alta voz para eterna confusión de las doctrinas religiosas, exigen que se grave por todas partes en caracteres indelebiles la importante verdad de que allí donde hay intolerancia sin moralidad, allí hay un semillero de vicios y de crímenes, y allí hay, por consiguiente, un enemigo capital de la verdadera civilización. (Continuará.)

## BREVE NOTICIA DEL MARTIRIO Y MILAGROS DE SANTA FILOMENA VIRGEN Y M.R.

(CONTINUA.)

"Finalmente, desesperado Diocleciano de poder atraerme redobó los tormentos, ó para atemorizarme, ó para hacermé perder la virginidad y fidelidad á mi divino Esposo. A este fin me hizo atrá á una columna en presencia de muchos de sus cortesanos y de otros militares de su palacio, y después ordenó que me azotasen diciendo: 'Ya que rehusas obstinadamente dar la mano á un emperador como yo, prefiriendo á un malhechor á quien los tusos condenaron á muerte, mereces ser tratada como él

lo fué. Mi cuerpo se cubrió de sangre y de llagas; pero me mantuve constante, y juzgando el tirano que me podían quedar pocas horas de vida, me condució á que se mirase en la prisión, á donde de nuevo fui arrastrada. Estaba en gran desolación esperando la muerte para descansar en mi esposo cuando se presentan dos ángeles, llenos de luz que me ungieron con un precioso óleo, y me dejaron mas sana que antes del tormento. A la mañana siguiente, sabiendo esto el emperador, se llevó de espanto, me mandó llevar á su presencia, y viéndome mas hermosa y sana, intentaba persuadirme que había sido favor de Júpiter, que absolutamente quería que fuese emperatriz rogando por el dominio que fuesen caricias instituido por el demonio que procuraba el espíritu del Señor, procuré desengañarlo haciéndole ver las arterias de Satanás. No supo qué responder, y enfurecido como un león mandó que al momento con una áncora atada al cuello fuese arrojada al Tiber, y porciese así para siempre mi cadáver y hasta mi nombre; pero Jesús, para ostentar su omnipotencia y confundir al tirano y sus ídolos, envió de nuevo á caer yo de espaldas rompiendo la cuerda, el áncora cayó al fondo del agua, donde aun está, cubierta de arena, y á mí me sacaron en sus alas, sin haber tocado al agua. El pueblo, que estaba presente, viéndome en la orilla libre y sin que me hubiese mojado ni una gota de agua, empezó á conmoverse, y muchos se convirtieron á la fé. Desesperábase el tirano, y gritando lo atribuía todo á magia mia; y mas obstinado que Faraón me hizo arrastrar por medio de bombas, y después mandó asettarme. Cuando ya estaba traspasada de agudos dardos, desahogada y moribunda, para mayor tormento me mandó que de nuevo me llevasen arrastrando á la cárcel para que allí acabase sin ningún alivio; pero el Omnipotente me envió un dulce sueño y cuando desperté me vi mas sana y bella que antes. Sabido esto por el emperador, mas encolerizado y cruel me mandó que otra vez me desnudasen, y que hasta morir me asettasen con flechas mas agudas; pero por disposición del Altísimo, cuando tendían el arco los flecheros, las flechas no se movían, y el tirano gritaba contra mí como si fuese una maga. Ordenó que se encendiesen las flechas, creyendo que de este modo burliaría mis artes mágicas, y así se hizo; pero mi esposo me libró también de este tormento haciendo volver las saetas encendidas contra los mismos que las disparaban, de los cuales mu-

rieron seis, y á la vista del milagro se convirtieron otros muchos, y todo el pueblo se vino declarando en favor de la fé. Temiendo esto Diocleciano me hizo degollar al momento, y mi alma voló al cielo triunfante y gloriosa, recibiendo de mano de mi Divino Esposo las coronas de virgen y mártir, que tanto me habían costado, y cuyas palmas me han grangeado en su presencia una gloria muy especial. Este día tan afortunado para mí fue viernes 30 de Agosto á las dos y media de la tarde con corta diferencia. Por esto dispuso el Altísimo que sucediese en este día mi traslación á Mugnano con tantas señales de su celestial asistencia para hacermé mas célebre y gloriosa. Esto es lo que he estimado oportuno escoger de otras muchas noticias el digno custodia del sagrado cuerpo de Santa Filomena, autor de la relación de sus milagros. El lector hará el juicio que le parezca; pero obsérvese que ademas de no haber aquí cosa que se oponga á la sana crítica, y de haber dado este testimonio personas de virtud conocida, el martirio de nuestra Santa estaba ya bastantemente comprobado por la lápida sepulcral muy bien conservada, y por el vaso de la sangre hallado juntamente con el cuerpo. De la lápida han hablado los anticuarios antes que Santa Filomena fuese conocida por taumaturga, y en ella se ve no solo su nombre sino tambien el áncora, las flechas, el arco, la palma y la áncora, símbolos de la causa de su muerte. (Continuará.)

## VIAGES EN ITALIA. PISA.

(CONTINUA.)

A la *Guinarda*, eterno enigma que el viejo palacio propone al viajero; nos dijeron que habiendo sido hecho esclavo en otro tiempo el dueño de este palacio habia predicho el día en que recobraría su libertad, y que efectivamente apareció el día indicado, haciendo en seguida poner sobre la puerta esta cadena y esta inscripción. Sobre la orilla izquierda del Arno se admira una pequeña y deliciosa capilla llamada de *La Espina*, que debió su nombre á una espina de la sangrienta diadema con que el cruel Herodes coronó al Hombre Dios; reliquia santa traída á Pisa el tiempo de las cruzadas.

Esta capilla sumamente pequeña es sin embargo la primera maravilla del arte gó-

tico alzada en Italia. Dicese tambien que la capilla de la catedral de Pisa fué el primer monumento que Italia vió suspender en los aires. Lo cierto es que en Pisa fué donde el arte católico vió su aurora y donde produjo sus mas bellas obras maestras.

El año de 1848 visitamos nosotros la capilla de La Espina; no se hallaba en ella esta preciosa reliquia, y si en el convento de Capuchinos ó sea el Hospital, donde con la mayor amabilidad nos la enseñaron y permitieron adorarla los religiosos, habiendo encontrado á un español á quien conocimos en el convento de San Antonio del Prado de Madrid, antes de la espulsion de los frailes.

Las obras maestras, los grandes monumentos alzados al catolicismo en esta ciudad, se encuentran en una inmensa plaza que nos reúne formando un admirable grupo de edificios que la vista del hombre puede abarcar con una sola mirada.

Sobre una inmensa plaza cubierta de verde césped, que todos los días huele con sus pies carabomas de peregrinos del arte y de la religión, césped que sin embargo permanece siempre intacto y parecido á una de esas sabanas inexplorables de los campos de América, al través de la crecida yerba de esta gran pradera, esmaltada por la rica primavera italiana, nos encontramos cara á cara con las primeras obras del genio y de la fé.

Esta pradera es uno de los lugares mas sagrados, mas lindres, y seguramente el mas precioso de cuantos ilumina el sol. A esa pradera llegaron en tiempos antiguos hombres que poseian el poder de los ángeles, porque tenían fé: esos hombres eran Guillermo de Insuprech, Bonano el de Pisa, Diositalvi, Tomás, Nicolás, y Juan y Nino de Pisa, Boccio Bandinello de Siena, Buschetto, Rinaldo, Pedro Taca, Pedro Francavilla, Horacio Moca, grandes arquitectos grandis escultores: estos hombres eran tambien Buffa, Maco, Giotto, el pastor divino de las orillas del Arno, Orgagna, Simon Memi Laurato de Siena, Benozzo Gozzoli el Rafael del siglo XIV, Sodoma Cavalucci de Roma, Tompesti de Pisa: hombres iluminados por la inspiración, poseídos de esa creencia que, segun el Evangelio, es capaz de trasportar de un punto á otro as montañas. Nos los ubaron en

mármol, el mármol de las canteras más ricas del mundo; el mármol de Paros, de Carrara, de Egipto, de todas las islas del mar italiano, la Córcega, la Corceña, Elba, Sicilia. Supieron darle todas las formas que habían soñado en su genio ó su capricho: lo lanzaron á lo alto como cohetes; lo enroscaron y lo callaron como magníficas y delicadas borladuras, hicieron con él bóvedas, y le dieron hasta formas vivientes.

Los otros tomaron sus pinceles, y sobre las paredes preparadas por sus hermanos los arquitectos trasladaron las celestes visiones que habían agitado su espíritu; tradujeron todas las grandes verdades, todos los grandes símbolos, todas las escenas dulces y terribles, formidables ó consoladoras que ofreciera al mundo los dos testamentos de Dios, el antiguo y el moderno, y cuando todos esos hombres desaparecieron de esta pradera sin nombre, cuatro monumentos quedaron, que la lámpara siempre sona para siempre. Hicieron maravillas cuya fama debió durante los siglos venideros atraer á los viajeros de todos los puntos del mundo hacia aquella pradera que en un principio no había sido más que un campo de césped donde los pastores del Arno apacentaban sus ganados. Estos cuatro monumentos, la torre torcida ó el campanario, el baptisterio, la Catedral y el campo santo, resumen simbólicamente toda la vida de un cristiano.

El campanario que mece sus campanas sobre las nubes, llama al niño que acababa de nacer; el baptisterio le da el primer sacramento que lo incorpora en el número de los cristianos la catedral le revela, ya cristiano y ya hecho hombre, todas las pompas santas de los misterios del catolicismo, y el campo santo le muestra una huesa bajo las losas de mármol de sus galerías, ó entre la florida tierra de su vasto recinto.

El campanario ha sido llamado la torre torcida por su notable inclinación, ignorándose se si fue construida así, ó si ha sido efecto de alguno de los movimientos que ha sufrido la tierra. Tiene siete pisos, que son otras tantas arcaedas de columnas. La mayor parte de los que han escrito sobre esta torre, han creído que ha sido una construcción á propósito en que el arquitecto ha presentado esta obra maestra de su ingenio, imitando en que las columnas colocadas por el lado donde se advierte la inclinación de la torre son desde el cuarto piso al séptimo más delgadas, y consiguientemente más ligeras que las columnas del otro lado. Esto parece revelar el enigma que demuestra la atención evidente del arquitecto; pero el motivo

de la inclinación de este notable monumento es siempre un secreto.

Para los que no buscan la solución de este problema interesante de arquitectura, la inclinación de la torre causa una mala impresión. La primera idea que surge á la vista de este extraordinario monumento es pensar, tanto á la vista como al pensamiento, y la admiración que despues se siente por la profundidad de los cálculos exigidos para llevar á cabo esta extraordinaria empresa, no compensa el primer desagradable movimiento que experimenta el ánimo. Nosotros hemos subido á esta torre, y hemos recordado cuantas veces subiera á ella el sublime hijo de Pisa, el mártir de la ciencia, Galileo, que joven aún, desde la cumbre de esta torre consultaba el espectáculo de la cúpula estrellada de los cielos, meditando en aquel lugar sobre los diversos misterios de la ciencia, sobre la gravedad de los cuerpos y sobre la medida de los tiempos.

La torre torcida se levanta detras de la Catedral.

Delante de la fachada de la iglesia. Diottisalvi coloró el baptisterio. Este monumento contiene grandes riquezas del arte, entre otras el famoso púlpito construido por Nicolás de Pisa, obra que hace honor á los antiguos pisanos, quienes se impusieron grandes contribuciones para concluirlo. En la construcción del baptisterio se han tenido presentes todas las reglas de la acústica, de manera que un solo niño que cante en él por la combinación del eco parece un numeroso coro de cantores. El custodio de este edificio nos hizo presente esta observación, y nosotros mismos fuimos la experiencia.

La Catedral llamada el Duomo, es del siglo XI. Es un trofeo, es un monumento slizado á la victoria. Cuando el cónsul de los pisanos, Orlandi, tomó á Pisa con las galeras victoriosas, despues de haber triunfado en Palermo de los saracenos, quiso consagrar á la Madre del Redentor del mundo una memoria de su victoria, y alzó esta Catedral Juan de Bolonia: Franca-villa, Pedro Tacca, esculpiron las puertas de bronce del templo; puertas tan bellas, tan milagrosas, que decía Miguel Angel eran dignas de abrir y cerrar el paraíso. En esta Catedral hay diversos cuadros de un gran mérito, que en tiempo de la invasión de los franceses por Bonaparte fueron llevados al Museo de Paris, y que despues han vuelto á su antiguo lugar por el tratado de Viena de 1815. En medio de la nave principal de la iglesia y suspendidos de su alta bóveda, se ven los primeros instrumentos de que se sirvió Galileo para sus observaciones astronómicas. (Continuará.)



## LA CIVILIZACION.



### ARTICULO CUARTO Y ULTIMO.

El mayor bienestar posible para el mayor número posible, dijimos que era otro de los objetos á que debía encaminarse la sociedad si se quería que la civilización fuese sólida y verdadera. Desgraciadamente esta es la condición que mas ha faltado á todas las civilizaciones; triste efecto, dimanado en parte de la injusticia de los hombres, pero que tiene su principal origen en la misma naturaleza de las cosas. Examinad las civilizaciones antiguas, y vereis que se verifica en ellas de un modo horroroso, aquello de *humanum pavens vivit genus*. Prescindiendo de la esclavitud y de la diferencia de estas, que ya por si solas condenaban á una gran parte de la humanidad á las mayores miserias y padecimientos, y concretándonos tan solo á la clasificación de pobres y ricos, vemos que las ventajas de la sociedad eran para pocos, y que de aquí dimanaba la eterna lucha entre los que trabajaban y los que gozaban. Qué es lo que principalmente embaraza á Solon, cuando se propone dar leyes á los atenienses? Los ricos; que quieren conservar sus riquezas, y exigir de los pobres lo que éstos les deben; y los pobres que no pueden pagar, y que ademas pretenden un repertimiento de tierras. Bajo una ú otra forma, ésta es la cuestión eterna de la república de Atenas.

En Roma notamos una lucha semejante, denominada de la misma causa. Entre los patricios y plebeyos, no se trata principalmente de honores y de mando, lo que se disputa es el pan que sobra á los ricos y escasea á los pobres. Y cuenta, que aun no hablamos de los tiempos en que abrigaba Roma á los Lúculos y Cresos, cuyas desmedidas riquezas han pasado á proverbio; de aquellos tiempos en que los pretores y generales robaban con el mayor descaro en las provincias sujetas á su mando, seguros de que amontonando oro, y desparramándolo despues en su patria, obtendrían los sufragios que necesitase su ambición: épocas desastrosas, en que la *malista sed del oro* se habia apoderado de todos los corazones, y concentrando en manos de pocos toda la riqueza, acrecentaba lastimosamente el número de los pobres, hasta el extremo de que en una ciudad de un millón doscientas mil almas, cual se calculaba Roma en los últimos tiempos de la República, era tan grande el número de los esclavos y de los proletarios, que apenas se contaban dos mil personas que poseyesen algo. No queremos que se diga que hemos escogido adrede el tiempo mas corrompido, cuando se encumbraba la ambición en brazos de la codicia.

Limitarémolos, pues, á los tiempos mas felices de la República, en que la austeridad

pobrecera, *sæva paupertas* de Horacio, formaba hombres tan esclarecidos como Camilo Licinio fué el primer cónsul saído de la clase plebeya; y cabalmente en la misma ley que le eleva al primer puesto de la República, vemos involucrado el interés social; pues que es el mismo Licinio, quien siendo tribuno de la plebe, había hecho establecer la famosa ley *Licinia*, sobre la limitación del derecho de adquirir, poniendo coto á la excesiva acumulación, y sobre el alivio de los pobres oprimidos por las usuras de los ricos. Los Griegos, que tanto dicen que entender á la nobleza romana, echaban mano tambien de la palanca mas poderosa para remover la plebe; la ejecución de la ley *Licinia* era su tema favorito; el repartimiento de tierras entre las clases menesterosas, era el estimulante cebo con que atraían á la multitud, y que les labraba aquella popularidad, á que no encontraron otro remedio los patriotas, que la muerte de los dos tribunos.

(Continuárá.)

BREVE NOTICIA  
DEL MARTIRIO Y MILAGROS  
DE SANTA  
FILOMENA VIRGEN Y MAR.

(CONCLUYE.)

No consta fijamente el año de la invención de las reliquias de la Santa Virgen, extráidas de las Catacumbas; solo sí que el de 1808 D. Francisco de Luca, sacerdote exemplar de Mugnano, desecho de tener en su pueblo un cuerpo de mártir de nombre conocido, fué á Roma con este fin, y después de muchas oposiciones pudo alcanzar el de nuestra Santa, que en esqueleto guardaba con otras muchas reliquias Monseñor Ponzetti. Luego que tuvo en su poder tan gran tesoro, cuyo precio conoció al instante por los prodigios que en Nápoles, en donde se formó un cuerpo de carton, y dentro de él se colocaron los huesos sagrados, que por su pequeñez y delicadeza manifestaban haber sido de una jóven de pocos años. Este cuerpo artificial, aunque no hecho con toda la perfección que deseaba

Don Francisco su custodio, comenzó á ser objeto de admiración general, pues no solamente en su traslación á Mugnano se hizo pesadísimo, cuando iba pasando por lugares donde algunos santos habían padecido martirio, especialmente el patrono de Nápoles, San Gáetano, sino que á poco tiempo, estando la urna sellada y cerrada con llave, que había quedado en Nápoles, cambió de facciones tornándolas muy agraciadas, mudó el color en otro perfectamente natural, el cabello apareció mejor acomodado, dió nueva posición á las manos, y lo que es mas, se incorporó en la urna, quedando casi sentado para que el pueblo le viese mas cómodamente. No fueron estos los únicos prodigios; tres urnas nuevas se construyeron en diferentes tiempos, y aunque se procuraban alargar por ver que el sagrado cuerpo no cabía bien, ninguna era suficiente por ir creciendo la Santa visiblemente. Tambien fueron varias las veces que se visitó de nuevo aumentando la riqueza de las galas, dando á entender la Santa que deseaba mas adorno, pues al principio rompía diariamente las vestiduras, tirando los pedazos rotos al fondo de la urna, y hasta abrió y cerró muchas veces los ojos y la boca en actitud de querer hablar. Iguales mudanzas se notaron en una porción de su sangre contenida en el vaso que se encontró juntamente con sus reliquias, la cual aparecía de diferentes colores, ya á manera de diamantes ó topacios y esmeraldas, y ya de tierra, segun las personas que se acercaban á venerarla. Tan grandes portentos iban acompañados de otros muchos en beneficio de los que recurrían á implorar su protección, y así se contaban centenares de enfermos curados, y otras necesidades remedadas. Sin embargo, no se extendía á mucha distancia la fama de la Santa, hasta que el año de 1823, con motivo de un sudor prodigioso que manó, á manera de ngüento olorosísimo, de una estatua que se había construido en Mugnano para llevarla en las procesiones, empezaron á sacarse estampas y á difundirse relaciones de los milagros por todas partes; y desde entonces resonó en Italia el nombre de Santa Filomena, se espació por los demas reinos de Europa, y pasó á la Africa y Asia por medio de los misioneros. Ni fué infructuosa la noticia, pues los milagros se multiplicaron de tal manera, que sería imposible enumerarlos contando por testigos pueblos enteros, que nadie ha desmentido á pesar de haberse hecho muchas ediciones cada vez mas voluminosas, habiéndolo milagros entre otros de primero y segundo orden, para castigo de los incrédulos, y para aliento y consuelo de sus devotos, á sola la invocación de su nombre, con el aceite de sus lámparas y con el con-

tacto de sus imágenes, las cuales han resucitado muertos, socorrido á mugeres en partos peligrosos, restituído la salud á enfermos desahuciados, y librado de incendios, naufragios y otros casos desastrosos. De dichas imágenes han salido músicas armoniosas, palabras de consuelo, y golpes ya suaves, ya fuertes, en señal de haber sido oídas las peticiones. Todo esto se lee en las relaciones de que hablamos, y ellas se remiten á documentos auténticos conservados en el archivo de Mugnano, cuyas relaciones se han impreso con autoridad de las potestades eclesiásticas y civiles á la faz de todo el mundo, citando pueblos y ciudades muy populosas, y personas que actualmente viven, sin que se hayan desmentido hechos tan notorios: siendo entre otros prodigios tambien la multiplicación de los ejemplares de las mismas relaciones, pues el autor de ellas, que es el mismo custodio del sagrado cuerpo, sacerdote de vida y costumbres apostólicas, cita testigos oculares de haber sucedido no solo en Mugnano sino en otras partes; y un compilador infiere injustamente que en este milagro se ve confirmada la verdad de las mismas relaciones, supuesto que Dios no puede jamas autorizar la mentira.

Tal es lo que se ha creído oportuno extractar de los libros impresos para escitar la devoción de los fieles á tan escelsa Virgen, escogida por Dios para reanimar la fé y la piedad en estos tiempos. Lo demas la gloriosa santa lo suplirá, inspirando en el ánimo de los lectores aquellos dulces afectos que se sienten al oír su nombre y ver sus imágenes; protestando nosotros que este simple y diminuto extracto de su martirio y milagros, no pretendemos que se dé mas crédito que el que presta á semejantes cosas la humana fé, sometiéndolo todo á la censura de la Santa Iglesia Católica, Apostólica Romana.

VIAGOS EN ITALIA.  
PISA.

(CONCLUYE.)

De todos los edificios que vamos recorriendo, el mas interesante es el campo santo. De todas las colecciones de sepulcros, éste campo santo es el mas celebre del mundo, es el cementerio por excelencia. Su aspecto exterior es severo; sus paredes no anuncian por fuera las mara-

villas de su recinto. La sencillez desnuda de su exterior contrasta extraordinariamente con la fama de este edificio, y al penetrar por sus puertas parece que comienza para uno una alta revelación. Apenas entramos, reconocimos que la sencillez de las paredes exteriores era un simbolo. Los religiosos artistas del siglo XIII que edificaron el campo santo, quisieron dar al peregrino, al viajero, al observador, una prueba de que la muerte es una inmensa revelación que oculta detrás de un velo todos los misterios y todos los tesoros del otro mundo. Por eso dejaron las paredes tan sin ornato, tan pobres por defuera; por eso reservaron para el interior toda la riqueza de una imaginación santa. Cuatro galerías de mármol recibieron todas las riquezas que en un momento de inspiración pudo reunir la imaginación del escultor. Todas las bellezas de la pintura están compendadas en sus paredes. Allí vemos reproducida otra escena que nos había causado grande sensación en otro lugar, en el magnífico palacio que la piedad cristiana ha levantado para morada de los pontífices, gefes del catolicismo: escena que siempre, represente bajo la forma que se quiera, no puede menos de aterra á los mortales; el juicio final. Pero el juicio final de Pisa es muy distinto del de la capilla Sixtina del Vaticano: en este, Miguel Angel formó un cuadro mitad religioso, mitad fantástico; mas que una página terrible de la historia futura del mundo, formó un libelo, colocando á sus enullos y á sus enemigos entre los reprobos; en Pisa, Orgagna representó sin ira y con verdad la mas terrible escena que hayan de presenciar los siglos.

Aquellas galerías protegen ademas pinturas de que tanto los autores han hablado. Allí se ve la *Creación*, el *Diluvio*, *Crísto en la cruz*, obras de Burchiaco, el primero de esos viejos artistas que heredaron las tradiciones bizantinas, al lado de las terribles páginas de Orgagna; allí están las principales escenas de la vida de San Rauero, patron de Pisa, reproducidas por el pincel de Memi; los *infortunios de Job*, por el divino Guioetto, ese pintor que comenzó como su patriota Virgilio, por gurgilar los rebanos y que reveló las riquezas de su genio creador;

revelacion que asombró al mundo y que hizo que Roma lo llamase á su seno.

No solamente son pinturas las que adornan las cuevas del Cementerio pisano; son tambien obras de escultura pertenecientes á todos los siglos y á todas las religiones y procedentes de todos los países; vestigios del arte egipcio, monumentos griegos, bustos romanos, antigüedades etruscas, sarcófagos revestidos de mitológicos emblemas.

En el campo santo reina verdaderamente la igualdad de la muerte; pero la muerte ha recogido en este recinto todo lo que queda de su poder: las antiguas naciones, sus antiguos vasallos, han traído cada una sus glorias de este mundo hacia una depositado allí un poco de su polvo; el campo santo de Pisa es el archivo universal de la nada.

La vista se sorprende y se recrea al recorrer estas galerías; pero el patio que rodean está cubierto de un verde césped que aun arrebatada mas y conmueve el corazón; aquella tierra en cincuenta galerías de Jerusalen en cincuenta galerías de la antigua república; santo polvo donde los muertos de los antiguos tiempos tenían esperanza de dormir con mejor sueño; tierra á la que se suponía la propiedad secreta de consumir todo despojo humano en el espacio de algunas horas.

Este gran recinto cuyo centro ángulos están marcados por verdes cipreses, este campo que la primavera adorna espontáneamente con silvestres flores de virtuosos, y en cuyo centro hay una columna de mármol que un rosal entrelaza con sus guirnaldas, es el que contiene los cuerpos del antiguo pueblo: un privilegio exclusivo abría las tumbas de las galerías solo á los muertos ilustres; en ellas solo se enterraban los que fueron grandes por sus conquistas, por su fortuna, por su genio, ó por su alto origen que les daba el derecho de ir á reunirse en la tumba de sus abuelos cubierta de blasones. El patio descubierta pertenecía á las gentes de la multitud, á los que vivieron desconocidos, á los que tal vez hicieron bellas acciones, á los que poseyeron altas virtudes y tuvieron grandes pensamientos, pero á quienes la gloria caprichosa rehusó el favor de una

mirada; ni no descansan sus cuerpos sobre una losa de mármol cubierta con los emblemas del orgullo, duermen al menos cubiertos con un velo de césped que todos los años reproduce sus matices; y el peregrino y el viajero que visitan este lugar, si no se entretienen en leer un epitafio grabado sobre piedra admiran aquella tierra traída tan costosamente de Palestina, y que tal vez oyó al Salvador del mundo.

En el día á nadie se sepulta en este cementerio monumental sino por una gracia especial y una alta recompensa de grandes servicios.

El cementerio de Pisa es el cementerio mas célebre del mundo.

Allí yace la sombra de un gran pueblo; allí existen aquellos hombres heroicos, que en los pasados tiempos combatieron por la gloria y por la libertad: aquellos intrépidos rivales de los mas temibles pueblos, los reyes de la mar, los piadosos guerreros que fueron á servir en Palestina la causa del Santo Sepulcro, durante largos siglos dieron toda su sangre por su patria, y todo su oro para alzar estas obras del genio. Justo era que la patria reconociera les edificase este fúnebre palacio; el mas bello y magnífico de los panteones; justo era que el genio reconocido lo adorase en su honor con sus mas sublimes creaciones. Despues de la vida y auiamacion de los combates, despues de los peligros de los mares y de la tierra, despues del gran ruido que hicieron en el mundo, era preciso para el descanso de su sueño eterno el silencio de ese claustro mortuorio.

Al salir del campo santo no causa extrañeza el silencio que se nota en Pisa; comprende entonces que una ciudad inmediata á un monumento de este género debe permanecer siempre muda; parece que la ciudad calla por no turbar con ningun profano ruido el silencio del santuario de los muertos.

Difícilmente se hallará jamas en menos espacio de terreno reunidos cuatro monumentos mas sorprendentes, y que llamen mas la atencion del viajero, que la *Torre inclinada, el bautisterio, la Catedral y el campo santo de Pisa.*—C. DE FABBAQUA.

## LA CIVILIZACION.

### ARTICULO CUARTO Y ULTIMO.

Concluye.

Fácil es calcular lo que sucederia en otros países, cuando en las dos repúblicas donde mas vivo el espíritu de libertad, y donde llegaron á ejercer mas influencia las clases inferiores, era, sin embargo, tan triste su situacion, y has mas de las disensiones políticas reconocian por origen principal la falta de medios de subsistencia. Un hecho confirma la verdad que estamos indicando, y es la tendencia de los pueblos antiguos al sistema de las colonias. Los Egipcios, los Fenicios, los Rodios, todos los Griegos de las costas de Asia, los Cartagineses, los Romanos, todos ofrecían el mismo fenómeno. ¿Y cuál es la causa? Es muy sencilla: todos sobrepasaban de poblacion, y se veian precisados á buscar un desagüe en otras tierras para deshacerse de una parte de ella. Asi es que el sistema de estos establecimientos en países lejanos, que tanto prevaleció entre los Fenicios los Rodios, los Cartagineses y otros pueblos, no debe precisamente considerarse como un sistema de factorías que les asegurasen la estension y prosperidad del comercio, sino como un remedio á los males que afligian á las clases mas numerosas, las que no teniendo de qué alimentarse, ponian en peligro la tranquilidad pública.

Ahora que se ofrece la oportunidad, nos permitiremos una observacion sobre el estudio de la historia. Creemos que por lo comun se da sobrada importancia á los hechos que se presentan en la superficie de la sociedad, y se pres-

cinde de los que se verifican en su fondo. Los trastornos de los gobiernos, las guerras, el engrandecimiento y decadencia de los imperios, se esplican demasiado por causas políticas, ó por la influencia de ciertos hombres; si se calara mas hondo el corazón de la sociedad, se encontrarían otras causas mas profundas, y sobre todo, mas naturales y sencillas. El primer estudio preparatorio que á nuestro juicio deberia hacerse en la historia, es la investigacion de los datos que pusieran de manifiesto el vivir de los pueblos, estudiando por esto el formar una estadística tan exacta y minuciosa como fuera posible, no tan solo de su estado intelectual y moral, de las relaciones de familia, de su religion, de sus leyes, usos y costumbres, sino tambien, y muy particularmente, de cuáles y cuántos eran los medios de subsistencia.

Enhorabuena que se describan los cambios de los gobiernos y de dinastías, las vicisitudes de las guerras, los planes y proyectos de los hombres célebres que han ejercido influencia en la sociedad; pero estímos seguros que nada de esto basta para comprender á fondo la historia de un pueblo y el verdadero carácter de su civilizacion. Es necesario saber en qué estado se hallaban su agricultura, industria y comercio, cuáles eran sus alimentos ordinarios, cuáles sus vestidos, cuál su habitacion, y la infinitad de detalles indispensables para pintarnos fielmente cómo pasaba su vida aquel pueblo que nos proponemos estudiar. Como esto pudiera parecer extraño á algunos lectores, lo harémos sensible con un ejemplo.

Figurémonos que de aquí á dos mil años estudian los hombres la historia de la Gran Bretaña, como ahora nosotros estudiamos la de Roma; que lean las guerras sostenidas por aquel imperio en toda la redondez del globo, que contemplan asombrados la estension de sus posesiones en todos los puntos de la tierra, que con algunas noticias sobre su historia antigua, sobre su revoluciones modernas, sobre algunos de sus políticos mas distinguidos, se atreven á explicar las causas de su engrandecimiento y decadencia, las miras de sus hombres de Estado, las causas de la lucha entre sus varias clases, la razon de sus simpatías por esta ó aquella forma de gobierno, por este ó aquel sistema, por estos ó aquellos hombres en los países estrangeros, los motivos de sus guerras; en una palabra, todos los resortes de su política interior y exterior: figurémonos que los historiadores acometen tamaño empresa, faltos de datos estadísticos que les revelen la verdadera situacion de la Gran Bretaña; ¿no os parece que deberían de oírse esplicaciones peregrinas? Señaláranse, á no dudarlo, razones plausibles, verosímiles á mas no poder; citaríanse hechos militares y políticos, que al parecer confirmarían las observaciones histórico-filosóficas: pero si entónces se les presentara un anticuario, mostrándoles estados fijos sobre sus máquinas de vapor, sobre sus caminos de hierro, sobre su asombrosa produccion de manufacturas, sobre su sistema de propiedad territorial, sobre el modo de vivir de sus diferentes provincias y ciudades; si entónces les señalase con el dedo las relaciones de su industria y comercio con Portugal, España, Francia, Alemania; mas breve, con todos los pueblos de la tierra; entónces, cuando vierán mas claro que la luz del dia las verdaderas causas de los fenómenos que ellos esplicaban por otras muy diferentes, ¿no se quedarían avergonzados de su pretendida filosofía? ¡Oh! y cuánto, y cuánto de semejanza nos sucedería á nosotros, si levantándose

del sepulcro los hombres de la antigüedad, pudiesen sorprendernos con la presentacion de una minuciosa estadística; ¡Cuánto, y cuánto desengaño no nos prepara la posteridad, si fijándose los historiadores un poco ménos sobre los ruidosos cambios políticos, sobre las campañas, sobre el número de los soldados que tomaron parte en los combates, y de los muertos y heridos que quedaron en el campo de batalla, y otras mil cosas mas fáciles de narrar que de probar, se dedican con mas ahínco á descubrir los y monumentos antiguos, y á aprovechar los ya descubiertos, reuniendo en cuerpos regulares todas las noticias que andan dispersas acá y acullá, sobre el verdadero estado intelectual, moral y material de los pueblos! Tenemos la firme conviccion de que haciéndolo así, se aclararía y simplificaría en gran manera el laberinto de sucesos que nos ofrece la historia, y no atreveríamos á pronosticar, que tambien en los tiempos antiguos, con mas ó ménos semejanza á los modernos, muchas de las cuestiones de lo que se llama *alta política*, se resolverían en sencillas cuestiones de interes material, y que las mas de las grandes agitaciones políticas, se habrían remediado fácilmente, con algun aumento en los medios de subsistencia. Pero volvamos á nuestro propósito.

Con el establecimiento del cristianismo, se mejoró inmensamente la suerte de la humanidad; pues abolida la esclavitud con su lenta y benéfica influencia, é inculcado en las leyes y en las costumbres su principio de amor y fraternidad universal, las clases mas numerosas han cambiado enteramente de situacion; y ya que no haya sido posible hacerlas felices, al ménos se ha conseguido asegurarlas una suerte incomparablemente ménos desgraciada. Sin embargo, el cristianismo, tan vasto y profundo en sus miras, como sábio y prudente en su conducta, nunca ha prometido á la generalidad de los hombres, cambios radicales en su suerte material; esta clase de beneficios los ha dispensa-

do lentamente, sin ruido, sin que lo advirtiesen siquiera los mismos que los recibían.

El cristianismo conoció una verdad, que han venido despues á confirmar los principios de la economia política, y es, la imposibilidad de que en una sociedad muy numerosa, todos los individuos tengan los medios necesarios para vivir cómodamente. La multiplicacion de los hombres está en desproporcion con el aumento de produccion de los medios de subsistencia; estos medios no llegan al nivel necesario, y por esto queda siempre una cierta masa que, ó padece privaciones, ó muere de hambre: masa que entre los antiguos quedaba abandonada á su suerte, succediéndole todavia lo propio en los tiempos modernos, allí donde no ha prevalecido el cristianismo. El pensamiento de la religion cristiana en esta materia, puede traducirse del modo siguiente: "el mal es incurable, y lo que conviene no es empeñarse en estirparle, sino en disminuirle y aliviarlo." No ha engañado á los pueblos con las ilusiones de un bienestar universal; siempre ha predicado la fraternidad universal, el respeto á la propiedad, y ha procurado precaver las colisiones violentas.

Desde los primeros tiempos de su establecimiento sobre la tierra, empezó el cristianismo la grande obra de la regeneracion social, mirando como uno de sus objetos mas predilectos, el mejorar la suerte de las clases mas numerosas. Los muchos y variados establecimientos de beneficencia que se fundaron por todas partes, donde quiera que alcanzó su influjo, la abolicion de la esclavitud, la dulcificacion de las relaciones de los grandes con los pequeños, de los ricos con los pobres; hé aquí sus obras.

Como la irrupcion de los bárbaros del Norte hizo pedazos el imperio romano, echando por el suelo casi todas sus instituciones, y mudando enteramente la faz del mundo, no es fácil decir á punto fijo cuál hubiera sido el cámbio que en la suerte de las clases

mas numerosas habria introducido el cristianismo, si sus influencias no hubieran tenido que luchar con aquel inaudito desenvolvimiento, y hubiesen podido desenvolverse pacíficamente en el seno de la civilizacion romana. Como quiera, inútil sería ahora aventurarse á conjeturas mas ó ménos verosímiles, sobre lo que en tal caso hubiera sucedido; y dejando lo que hubiera podido acontecer; mejor será entrar en algunas consideraciones sobre lo que realmente aconteció.

No es difícil adivinar cuál debió de ser la suerte de la clase mas numerosa, en los calamitosos gritos que siguieron inmediatamente á la irrupcion de los bárbaros: durante aquella época de fluctuacion espantosa, en que se encontraban con violento choque, no ejército, sino naciones enteras, disputándose el terreno como las fieras la presa, déjese desde luego entender, que el elemento que mas prevalecia era la fuerza; y bajo el imperio de la fuerza, el débil es la víctima. Así es que los pobres, aunque cobijados bajo el manto de la iglesia, aunque protegidos bajo su égida poderosa, gemian en una situacion lamentable; porque la iglesia no tenia pan para todos; y en medio de tanto trastorno, no siempre podia acudir por todas partes á la defensa de todos.

De enmedio de aquel caos brotó el primer embrión de organizacion social bajo una forma monstruosa y repugnante á la verdad, pero que al fin debió de ser un muy natural y necesario efecto de la situacion social de los pueblos, dado que la vemos presentarse y establecerse casi simultáneamente, sin ningun esfuerzo, en todos los países de Europa. Ya se entiende que hablamos del *feudalismo*, y basta este solo nombre para recordar la pobreza y el mal-estar de las clases mas numerosas, y concentrados por herencia los feudos, sus familias todos los honores, todas las riquezas, todos los gozes, todo el poder, la clase mas numerosa no solo debía estar en la pobreza, sino que es-

taba condenada á permanecer en ella, como cercada por un muro de bronce, como aprisionada con una cadena de hierro.

Es digno de notarse que el cristianismo, minando sordamente y por incidios legítimos el sistema feudal, preservó á la Europa de una calamidad, que inevitablemente iba á caer sobre ella. El feudalismo, por su misma esencia, tendia á establecer el sistema de las castas; pero en un país donde domina una religion que declara á todos los hombres iguales delante de Dios, hermanos en Jesucristo, salidos de un mismo origen, y creados para un mismo fin, no podia arraigarse ese sistema; y así es, que lejos de que ese germen que mas ó ménos encubierto estaba en el seno del feudalismo, fuese desarrollándose con el tiempo, anduvo cada día á ménos, se fué amoriguando, el feudalismo á convertirse en nobleza, se alejó mas y mas del carácter de casta, y se constituyó en clase; clase que, sociada al fin con la corriente de los tiempos, y la accion disolvente de las ideas, enervada por el descanso y el lujo, y debilitada por la política de los reyes, habia de saltar en polvo y astillas al primer hachazo que le descargase la revolucion.

Arruinado el feudalismo y desestancadas algun tanto las riquezas, pudieron derramarse por la sociedad, fecundando las demas clases, y ennobiliando como pezó á levantarse la clase media, que aunque salida de la misma masa proletaria, ejerció por sus riquezas y por su ilustracion, poderosa influencia en el destino de la sociedad. Con este cambio, y siendo muy numerosa la clase media, parecia resuelto en gran parte el gran problema social de proporcionar el mayor bienestar posible al mayor número posible; sin embargo, las mismas causas que contribuyeron al encumbramiento y poderío de la clase media, produjeron la multiplicacion de la que venia tras de ella; y la dificultad se presentó mas complicada, y los pe-

ligros mas alarmantes. La industria y el comercio robustecieron y ensalzaron la clase media; pero estas mismas causas acarrearón una asombrosa multiplicacion de la proletaria; insensiblemente se fueron separando las dos clases, y al presente han llegado las cosas á tal estremo, que en los países donde ámbas abundan mucho, como sucede en los industriales, consideran los mas pobres á los mas ricos, sen de la clase que fueren, como una verdadera nobleza.

Ha contribuido mas y mas á este fenómeno, el haber sobrevenido hondas revoluciones, donde las clases medias han figurado como agresoras, y en que se han pulverizado todo linaje de privilegios; pues desde entonces la riqueza ha venido á ser el único blason, y quien le ha tenido ha sido reputado por noble. Una parte del pueblo no conoce sino pobres y ricos, y mira con igual envidia el palacio de un descendiente de los antiguos magnates, la espléndida casa del opulento banquero, ó la magnífica habitacion del *desinteresado* filósofo, encumbrado en uno de los primeros puestos del gobierno, velando por los intereses de la humanidad, y por los *intereses* de su fortuna.

Esta separacion entre las dos clases, va haciéndose cada día mas profunda merced al aumento del pauperismo, que amenaza tragarse las sociedades modernas. Aquí llamamos la atencion de todos los hombres pensadores, y de cuyo corazon se se hayan borrado todos los sentimientos de la humanidad, sobre un lamentable error en que se incurre cuando se trata de evaluar la civilizacion de los pueblos, señalando los quilates de perfeccion á que ha llegado la sociedad. Confúndese de un modo monstruoso el brillo y poderío de un gobierno, con la riqueza y bienestar de la nacion; se llama dicha, ademas de una sociedad, lo que en el fondo no es mas que la riqueza de un número muy reducido.

Concentrémonos á un ejemplo. ¿Quién no ha oido un millon de veces señalar

la Gran Bretaña como la nacion mas ilustrada, mas libre, mas rica, mas dichosa, mas civilizada del orbe! ¿Quién la ha visto propuesta una y mil veces como el bello ideal, como el modelo inimitable de que no deberian apartar nunca sus ojos las demas naciones! Y sin embargo, en la Gran Bretaña es donde se verifica del modo mas escandaloso, el prevalecimiento del menor número contra el mayor, donde hay la acumulacion mayor de riquezas en pocas familias, donde hay las fortunas mas monstruosas agricolas, industriales y mercantiles; en la Gran Bretaña es donde se verifica, en toda la estension de la palabra, que muchos trabajan para pocos, que el lujo insulta á la miseria; en la Gran Bretaña es donde se encuentra el mayor número de pobres. Y nosotros preguntáremos ahora: ¿qué significa la civilizacion, cuando el mayor número carece de pan! ¿Dónde está la perfeccion de una sociedad, cuya mayor parte es víctima de la desnudez y del hambre? A tantos desgraciados como perecen consumidos de miseria en las guardillas y subterráneos, ¿qué les importa la influencia del gabinete de San-James, ni la prepotencia de su marina, ni la estension de sus colonias! A los infelices jornaleros, á las mugeres, á los niños que, amontonados en los establecimientos fabriles, *vegetan* en la estupidez y en la miseria, dando maquinalmente el movimiento al manubrio de otra máquina, ¿qué les importa ni la perfeccion de las manufacturas, ni de las máquinas, ni la opulencia y el lujo de sus dueños! Afortunadamente no pensamos que la civilizacion inglesa sea el tipo de la civilizacion moderna; que si así fuera, diríamos que esa civilizacion, con su saber, con su industria, con su prensa, con su libertad, y con su todo, es una solemne impostura.

En España no ha cundido todavía el pauperismo, porque ni se encuentra la desmedida acumulacion de riqueza territorial en manos de pocos propietarios, ni en las poblaciones manufactureras

se ha podido desarrollar la miseria que aflige á las de otros países; y creemos que mientras es tiempo, seria muy importante que todos los hombres ilustrados y amantes de los medios que podrian adoptarse, para que, sin cortar el vuelo á la industria, se evitase el arraigo en nuestro suelo, de un mal que en Inglaterra y en Francia, no solo lastima los sentimientos de la humanidad, sino que pone tambien en peligro la tranquilidad pública.

Las clases que por su riqueza han adquirido por la nueva organizacion social mucha influencia y poderío, no deben perder de vista la importante verdad, de que su misma elevacion les impone el deber de ser civilizadoras; es decir, de procurar para el mayor número *la instruccion, la moralidad y el bienestar*. Toda clase que no cumple con su instituto, perece; este es el orden natural de las cosas; así lo tiene establecido la Providencia. El mayor error en que deben incurrir las nuevas clases, que han venido á formar como una nueva aristocracia, es el creer que nada vale la antigua civilizacion de España, que es menester derribar hasta sus últimos restos, olvidar todas sus inspiraciones, abjurar todos sus principios, y amoldarnos enteramente á la Francia é Inglaterra. No olviden que la economía política inglesa, que considera al hombre como un mero capital, haciendo abstraccion de las relaciones morales, es no solo un enemigo de la humanidad, sino tambien de la industria; sino tambien de las revoluciones políticas, es un germen de hondes trastornos sociales. Enmedio de los escorbos de nuestras arruinadas instituciones, encontrarán todavía muchas preciososidads, reorganizadas con buena voluntad y constancia, podrán producir ópinos frutos, mayormente siendoles cobijadas por las creencias religiosas, que afortunadamente se conservan en nuestra patria.

Las clases están todas intimamente enlazadas; intereses que en la aparien-

cia son exclusivos y contradictorios, son en realidad intereses comunes. Las antiguas clases han caído; ellas, que tenían ciertamente mas fuertes parapetos y mas sólida organización que no tienen las nuevas; ¿qué será, pues, de éstas? Síntomas se presentan que hacen columbrar revoluciones, o presentir catástrofes. Se empezó disputando sobre la legitimidad de antiguos y respetables títulos, y las propiedades que sobre ellos estribaron, bambolearon, y al fin vinieron al suelo. Mirad la revolución francesa, mirad las otras mas antiguas y mas modernas. Lutero publicó su libro del *fiasco* mirando la propiedad de ciertos bienes, y en seguida vinieron los anabaptistas, declarando guerra á muerte á todos los ricos. San Simón, Owen, y otros reformadores, predicán la abolición de toda propiedad; y estas doctrinas no carecen de séquito. Un nuevo carácter presentan los reformadores modernos, y es, el dar á sus sistemas un tinte religioso, muy propio para deslumbrar y para engendrar el fanatismo. Se ha querido hacer de la religion cristiana un sistema filosófico, y este nuevo cristianismo forjado por el hombre, empieza á ser la reseña de los prosélitos de la nueva escuela. Las doctrinas en que se ataca el derecho de propiedad, en que se ofrece á la multitud un estimulante de celo, de esperanza de mejorar de suerte, entrando en la participación de los bienes de los propietarios, no se limitan ya á fundadores de nuevas sectas, sino que empiezan á reclamar un puesto en las paginas de la filosofía.

No siendo este el lugar de entrar en pormenores sobre esta materia, nos limitaremos á advertir á las clases ricas, que andan muy erradas si piensan que el medio de evitarse compromisos y apuros puede ser la fuerza. Esta no se halla en el número menor, sino en el mayor. Los medios morales son los únicos que pueden tener eficacia duradera, y así todas las clases acomodadas tienen un interés en que se planteen sistemas de educación, así para los ni-

ños como para los adultos, en que se conserve al pueblo la moralidad que tenga, y se le comunique la que le falta. Intrúyase pueblo; pero instrúyesele bien, que la verdadera luz no daña jamás al hombre. En otro artículo hincamos observar cómo entendíamos esta instrucción, es decir, acompañada de moralidad, basada sobre la religion católica; y con irrefragables datos demostramos las funestas consecuencias que eran inevitables, si se daba á la enseñanza un rumbo diferente.

En Inglaterra y en Francia es muy temible el pauperismo; pero es menester advertir que si se introdujera en España, lo sería por necesidad mucho mas. En Inglaterra hay una organización social, que aunque monstruosa, es, sin embargo, muy antigua; está, además, enlazada con su constitución y su legislación, y es, por tanto muy fuerte como elemento de gobierno. En Francia hay los desengaños de medio siglo de revolución; hay un respetable conjunto de intereses nuevos, que puestos ya en juego de muchos años á esta parte, ó insertados con mas ó menos naturalidad en el sistema político, no dejan de formar una basa para asentarse un gobierno; y además, hay, sobre todo, los hábitos de gobierno, restablecidos y robustecidos por Napoleón, y continuados en los gobiernos que le han sucedido. En España no es así; tenemos excelentes elementos sociales; pero éstos carecen de la dirección necesaria para influir cual conviene en el órden público, y de consiguiente, para cimentar un gobierno. Así, vemos con frecuencia que nuestros gobiernos, en vez de dirigir á la sociedad, la han contrariado y han luchado con ella. Todas las opiniones, todos los sistemas, están representados en los diferentes partidos que dividen á esta infortunada nación, pero todos adolecen de este mismo defecto: la debilidad para organizar y sostener un gobierno. Que no lo olviden todos los hombres pensadores; que no dejen de contribuir á la reorganización social fundada en nue-

tras creencias religiosas; que no pierdan de vista las clases ricas, que su deber las obliga á procurar por todos los medios la moralidad de las clases inferiores, y el engrangarse su buena voluntad por medio del desprendimiento y de la beneficencia; que no se hagan ilu-

siones sobre lo remoto del peligro; á veces una débil ráfaga de viento empieza rizando ligeramente la superficie del mar, y á poco rato se ha convertido en un tremendo huracán, que estrella contra las rocas las naves, cual quebradizos vasos de cristal.--*Jaimé Balmes.*

### LA FLOR Y EL CORAZON.

LA FLOR.

¡Qué hermosa es la mañana en que nace la flor en el vergel! ¡Por qué el día ha de seguir su curso arrasando tras de sí las bellezas de la mañana! Viene el medio día con su sol abrasador, viene la tarde con sus recios huracanes.

La mañana con sus auras deliciosas, con su rocío de perlas, llena á la flor de perfumes; el sol del medio día la quema con sus ardores; los vientos de la tarde la quebrantan.

Esta es tu suerte, hermosa flor: ahora te veo abrir el capullo, verter el aroma de tu cáliz y dilatar tus hojas de purísimos colores; ahora es tu vida. Horas de la tarde; detened un momento vuestra carrera, dejando alargar la existencia de ese ser de la mañana.

¡Ay! es en vano: espárese tu seno, flor, y llena las auras de perfumes; gusta de abusar de tus encantos, que en breve te marchitarás cayendo deshojada á confundirse en la arena que te rodea.

¡Qué queda ya de su existencia! ¿Dónde están aquellos galas de colores, aquellos tesoros de fragancia y de frescura! ¡ay! esta mañana se alzaba hermosa, llena de sus poéticos encantos... ¡pobre flor! ahora yace tronchada á distancia de su seco tallo, despues de haberla arrancado sus hojas los vientos tempestuosos de la tarde.

### LO QUE TAPA UNA MESA.

Cuando me he encontrado en uno de aquellos banquetes donde la etiqueta no usurpa los derechos del buen humor, donde saben sostener la conversacion los hombres de ingenio, y animar y en-

EL CORAZON.

¡Bella es la infancia en que el corazón comienza su existencia! ¡Por qué ha de avanzar la vida en su camino, llevando consigo las ilusiones de la infancia! ¡Llega la juventud con sus pasiones, llega la vejez con sus piés en el sepulcro.

La infancia con sus sueños encantados, con sus ilusiones de oro, llena al corazón de esperanzas; la juventud con sus pasiones la abrasa, la vejez apaga su existencia.

Esta es tu historia, corazón: ahora siento moverte dentro del pecho, latir con fuerza y ensanchar tus deseos de brillantes esperanzas; ahora vienes, Dios que vendrán, no lleguéis tan pronto, permitiendo á la infancia cubrir un instante mas con sus encantos al corazón.

Inútil rugo; abre tu centro, corazón, presta esperanzas al pensamiento, y goza de los placeres que presumes; que pronto cesará tu entusiasmo, rolando imbecil por el estéril campo de los recuerdos.

¡Qué resta de su entusiasmo? ¿Dónde se fueron sus ilusiones, sus sueños de ventura y de placeres? ¡ay! un tiempo en su inocencia forjaba mundos de gloria y de esperanzas... ¡pobre corazón! ahora muero lejos de su cuna, busqué ahora placeres que no halla, porque arrebato uno á uno sus ensueños el futuro vendaval de las pasiones.

PRIMITIVO ANDRÉS CARDENO.

belesar á la concurrencia las mugeres agradadas y amables; donde la señora de la casa, en fin, ha tenido el acierto de colocar á sus convidados de modo que á ninguno le falte con quien entretenerse en conversacion gustosa, con-



fieso que me ha ocurrido mil veces el deseo de averiguar lo que tapaba el tablero de la mesa, debajo de la cual cruzaban acaso comunicaciones muy importantes.

Mientras un caballero medianamente prolijo se atansa en una narracion, cuyo fin que nunca llega descan los oyentes con anhelo, reparo yo en una jóven chiquita, con peinado á la valenciana, la cual está escuchando sin pestañear, agitada, enternecida, y retratando una suave languidez en su semblante. Imposible es que la historia que están refiriendo ocupen tan poderosamente la atencion de aquella linda miniatura.

Discurrese acerca de una caimandita reciente, y otra niña atolondrada suelta á todo trapo la risa. La niña de quien hablamos, es persona de un conazon compasivo: luego la tentacion de reir que le ha dado ha tenido su origen debajo de la mesa.

«Por qué se le habrá escapado á esa otra dama un chillido, contra su voluntad á lo que parece?»

«¿Qué tienes, chica? le pregunta su marido desde la otra punta de la mesa.»

«No es nada, responde la jóven esposa, dirigiendo una mirada al comensal que está á su derecha; una punzada de dolor de muelas que me ha dado de pronto. Ya se va pasando.»

Llegan los postres, chispas el champagne, sube y hierve la espuma, vacíanse las copas, acalóranse las cabezas, se encandilan los ojos, y todos los convidados charlan á un tiempo. Esta es la ocasion en que cada prójimo puede, sin temor de ser escuchado, departir libremente con su pareja, y este es por consecuencia el momento critico en que el tablero de la mesa debe encubrir un cuadro sobremañera interesante.

Como yo soy curioso, y deseo ademas instruirme, dejo caer mi caja de tabaco, me bajo para recogerla, y teniendo de paso la vista por aquella region subterránea. Desde luego advierto que no todos los pies ocupan su lugar; el de la valencianita se halla debajo de la bota de un oficial de guardia, y la ro-

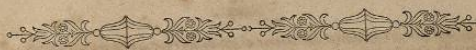
dilla de un autor recién dado á la estampa, tropieza con la de la buena moza consabida que baja ruborosa los ojos cada vez que se la dirige la palabra. Carga suivamente sobre la mano de un simple artista la de una marquesa ya en edad de discrecion, mientras que cierto adinerado comerciante, haciendo que se entretiene con la servilleta, echa un papelito en la falda de su vecina, la cual no permitirá que se oscurea al suelo.

Pero ¡calla! ¿qué es lo que veo acullá abajo? ¡Dos pezuñas descomunales, una debajo de otra! Allí hay alguna equivocacion sin remedio. Examinemos la posicion de los personajes respectivos: de los dos pies uno pertenece á un catalán de enorme corpulencia, y otro á un riencho andaluz, gran devoto, aunque viejo, de las hijas de Eva.

Entre los dos se sienta una niña de diez y seis años, muy linda y muy lozana, pero muy simpóna y muy lerdia. La pobre muchacha que se ha visto acostada desde que la colocaron allí, por las miradas, galanterias y suspiros de sus colaterales, no se ha atrevido á levantar los ojos, ni á separar los pies, ni á sacarlos de debajo de la silla, pero cada uno de sus obsequiantes ha estendido por su lado una pierna, y el pié del fornelo catalán ha ido á plantarse sobre el del antiguo cazador de gangas. Ambos á dos están locos de contento, creyéndose en el goce de un favor distinguido; y cuanto mas aprieta el paisano de Serrallonga, mas se estasia el hijo del Betis, y mas menudean uno y otro los suspiros y las guifaditas.

Bastante he tardado ya para buscar una caja de tabaco. Voy á levantarme con el sentimiento de perder algun nuevo episodio del cuadro que miraba; pero de improviso el cuadro desaparece. Al estrépito de un fiero coscorrón que alzándose me he sacudido en la coronilla contra el aro de la mesa, todos los pies han recobrado su posicion natural y debida, y ya nada hay debajo del tablero que merezca observarse.

J. E. HARTZENBUSCH.



## LA RELIGION

CONSIDERADA COMO LA BASE DE LA CIVILIZACION.



§ 1.

Dijimos en el prospecto de nuestra revista, que la religion será considerada en ella como el primer elemento civilizador, y al consagrar hoy algunos artículos al exámen de esta importante cuestion, no hacemos mas que consignar en nuestras páginas esta verdad social. En efecto, por mas que la religion sea considerada en habillitas de hombres ineptos, ya por plumas de escritores adocenados como un resorte ya gastado y añejo que casi está de sobra en la nueva organizacion social que se sueña establecer, ella es sin embargo la primera piedra de todo el edificio, como hemos tenido lugar de manifestarlo en los números de nuestra pasada *Revista*, y tendremos aún ocasion de demostrarlo en el decurso de nuestros trabajos. A cada momento, á cada paso, así en los individuos como en las masas, así en publico como privadamente, se nos ofrece ocasion para tocar esta verdad evidente, necesaria, indefectible, porque en el orden moral la idea de Dios es inseparable de la idea del hombre y de la de sociedad. Si separamos á Dios del individuo, quedará este ser moral sin origen, sin guía, sin objeto; será el mas imperfecto, el mas monstruoso de los seres, arrojado al mundo como un destello inútil de racionalidad, esclavo miserable de la materia y de sus bajas propensiones, ignorante de su principio y de su destino, y devorando al acaso con algunos momentos de placer, las amarguras, el fastidio y la triste necesidad de sumergirse muy pronto en la noche horrorosa del sepulcro. Mas re-

pugnante, mas aterradora es todavía la idea de sociedad si la separamos de la de Dios, único autor de ella. Entónces, sin encontrar la sancion de aquellos deberes que contienen á una multitud de hombres haciéndolos para no devorarse unos á otros, no podemos buscar el origen de la ley sino en el mas audaz y en el mas fuerte, y vagando por entro un laberinto confuso de teorías incompletas é insapicibles, tan faltas de base como la sociedad no será mas que un informe simulacro colocado sobre un torreno resbaladizo y pronto á desplomarse al primer soplo de la ardiente demagogia.

No hacemos mas que indicar estas ideas, que necesitan mas extenso desarrollo, para manifestar la razon que hemos tenido en cimentar sobre la verdad religiosa todo el edificio de la civilizacion. Y si ella es esencialmente necesaria para la formacion de la sociedad, no lo es menos su influencia eficaz y sensible en todos los resultados de aquella, que son otros tantos beneficios que nos proporcionan el estado social. Ambas calidades de religioso y de social no son invencion humana, son inseparables de la naturaleza del hombre; la primera marca las relaciones interiores y exteriores de la criatura racional con el Criador; la segunda señala las relaciones indispensables de las criaturas entre sí, que las une íntimamente porque así lo dispuso el Criador, y la civilizacion no es mas que la expresion, el resultado de la perfeccion de estas relaciones hasta el punto de que es susceptible de

fragilidad y la inconstancia humana.

Todos los adelantos, pues, que en el órden moral tienden á perfeccionar unas y otras relaciones entran, en primer lugar en el círculo de la civilización, y ellas serán el objeto primario de todas nuestras tareas. Los adelantos que en el órden material y sensible tienden también á la perfectibilidad del espíritu humano, entran asimismo en el ancho círculo de la civilización, pero no tan directamente, y ocupan el segundo lugar, por cuanto el órden moral es mas noble, mas importante que el órden físico; no desdenaremos, pues, esta clase de adelantos, cuando su importancia marque una época ó una revolución ventajosa en la marcha del espíritu humano; pero en todo caso no debemos considerar sino como accesorio todo lo que no sea Dios, el hombre y la sociedad.

§ II.

Hemos dicho que la influencia de la religión se nos presenta eficaz y sensible en los resultados ó sea en los beneficios de la sociedad. En vano una filosofía de orgullo ha pretendido substituir nuevos lazos para hermanar los hombres entre sí, buscando en la sola razón de la conveniencia ó del órden un móvil tan poderoso como la caridad para obrar los prodigios de la beneficencia y los sacrificios del desprendimiento. Se ha querido negar á Dios el orgien de nuestros deberes de hacer bien, cuando de él únicamente tenemos la idea del bien, y él es nuestro bienhechor soberano. No puede pues ponerse al hombre motivo mas poderoso para ser benéfico que el mandato expreso de Dios para que lo sea, y para que esclote en gloria de él y en favor de sus semejantes este dulce é insofocable sentimiento de que se reconoce revestido. La religión es pues esencialmente benéfica, y la que mas sólida y estensamente establece la primera virtud de toda civilización, que es la beneficencia.

Esta virtud la vemos indefinidamente desarrollada en los beneficios inmensos que el cristianismo ha hecho y está

haciendo todavía á la humanidad. Su fundador divino pasó por el mundo haciendo bien, y fundando la mas amplia beneficencia sobre el precepto del amor, formó de toda la humanidad una sola familia de hermanos, uniendo así maravillosamente el amor de Dios con el amor del hombre. Este precepto, prescindiendo aun de las miras sobrenaturales que tuvo Jesucristo en instituirle para hacernos partícipes de su gloria y de su inmortalidad, constituye el primer sentimiento social sobre bases indestructibles, y sofoca con la fuerza del deber y de la gratitud todas las pasiones de odio esencialmente contrarias á la conservación y al objeto de toda sociedad. (Continuará.)



Cap. I.

UNA CASA DE CAMPO.

A alguna distancia de Munich se elevaba una casita de campo como la que suele forjar la imaginación de un jóven de diez y ocho años, cuando sueña en una felicidad completa y no interrumpe al lado de una esposa adorada. No faltaba en ella ni la calle de filanos blancos, ni las celosias de color verde á que tan aficionados eran Goethe y J. J. Rousseau, ni las bandadas de palomas en las praderas inmediatas, en el tejado y al frente de la puerta. A esta puerta llamó un hombre de edad de unos treinta años, á tiempo que aproximándose el sol hacía su ocaso, reflejaban sin deslumbradores rayos en las vidrieras de los balcones, que parecian chapas envenenadas de diamantes y zafiros. Apenas resonó en el edificio el ruido producido por la aldaba que servia de llamador, salió á abrir una muger de mediana edad, rubia, y que aun cuando habia pasado ya de la primera juventud, conservaba todavía una belleza pura, regular y encantadora, la cual se apresuró á introducir en las habitaciones recién llegado.

—¡Picaruelo!... le dijo, ¡qué ha sido

de vos en estos seis meses!... ¿Cómo es que amándoos mi marido con tanta ternura y participando yo tambien de ese mismo afecto, dejais transcurrir tanto tiempo sin atravesar la cortia distancia que separa á Munich de nuestra casa de campo?... Mas os encuentro pálido... ¿habeis estado enfermo?... ¿os aflige algun pesar?... En este caso es era un motivo mas para venir á ver á vuestros amigos, ocupar un sitio en su hogar, sentarse á su mesa, descansar bajo su techo, y estrechar sus manos entre las vuestras. Sentaos, Félix, y mil gracias por vuestra visita; aunque un poco tardía, la recibimos con la mayor complacencia.

Tomó asiento Félix, se enjugó el sudor que corría por su frente, aunque la tarde era una de las mas frescas de otoño, lo cual probaba que sin que él se apercebiese la agitación de su espíritu habia comunicado un impulso rápido á su marcha. Despues dirigió sus miradas en deredor suyo, hasta que por último las fijó en la dueña de la casa, que se hallaba ocupada en preparar con sus pequeñas y blancas manos una magnífica y apetitosa empanada, cuya dorada corteza matizada con algunas manchas de un color mas oscuro se asemejaba al mas hermoso mármol de Manhesin. Suspiró, se sonrió, y recobrando poco á poco la serenidad su ceñuda y melancólica frente, quedó apacible y brilló en ella un rayo de fé y de esperanza. La vista de aquella noble y encantadora criatura, su tranquilo y angelical semblante, y la gracia de sus nuevos movimientos, hacian una profunda impresion en su corazon y le llenaban de felicidad y de veneracion.

—Es tan linda!... ¡y será ademas tan buena!... exclamó, y al volverse hacia Félix la graciosa cocinera para preguntarle qué significaban aquellas palabras, se oyó á la puerta el ladrido de un perro, y una voz sonora y alegre que decía:

—Abre, María, abre, que no vengo solo.

Corrió María á abrir, y entró su es-

posó con un extranjero que se apoyaba en su brazo, y que al parecer estaba herido. Y como se ponía pálida y se asustaba,

—No tengas cuidado, amada María, añadió dando al mismo tiempo un beso á su esposa en su frente blanca y pura; no tengas cuidado, la herida de este caballero no es de gravedad; se ha lastimado una pierna al trepar por un peñasco.

—Y al caer por un precipicio en el cual hubiera perecido, si no hubiérais espuesto vuestra vida para sacarme de él, dijo el desconocido, que podría tener unos cincuenta años, y á quien las disgustos y fatigas habian convejado mas bien que la edad; porque el dueño de la casa, aunque no era jóven, poseía una lozanía de que no se encontraba ningun vestigio en el extranjero. María miró á Jorge con los ojos humedecidos por las lágrimas que la hacia verter su admiracion, y se puso á curar la herida de su nuevo huésped, que en efecto era mucho mas dolorosa que grave.

—Necesitaréis cinco ó seis dias de completo reposo, dijo cuando concluyó aquella operacion con la destreza de un hábil cirujano, y permaneceréis aqui todo este tiempo, pues así lo exijo con mi autoridad de médico. Despues veremos cuántos dias os dignais conceder á vuestros amigos, porque espero merecerémos obtener de vos este título.

—Ya le teneis, contestó sí, ya lo habeis adquirido!... ¡y sin embargo, la amistad es una cosa en que no creo mas que en la felicidad!...

—¡Ah! no digais esas cosas en un sitio en donde reinan la felicidad y la amistad, repuso ella poniéndose el dedo en los labios. Como médico os prohibo tambien los pensamientos tristes y amargos. Sentémonos á la mesa, pues van á servirnos la cena. Vamos, Jorge, vamos, Félix, vamos, caballero...

—Coronel Darmheim, replicó el extranjero,

María le saludó, ofreció su brazo al

herido y le condujo hacia la mesa, en donde le preparó un asiento cómodo, colocando una banqueta debajo de la pierna, y asegurándose bien de que de aquella manera no sufriera dolor alguno.

Sirvióse la cena, en la que todos comieron con apetito, y levantada la mesa, se sentaron junto á una chimenea, en la que ardía buena leña de pino, que alegraba la vista y daba un calor suave; y luego María presentó pipas á Félix, su marido y el coronel. La conversacion en un principio indiferente, tomó en breve un carácter de confianza é intimidad, que hizo decir á Félix:

—Voy á pedir os un consejo, amigos míos; la experiencia del coronel no me será inútil, y espero que no me fallará en las circunstancias en que me encuentro. Al lado de la casa de mi madre vive una jóven rubia como vuestra esposa, Jorge, y como ella hermosa, amable y laboriosa; mi madre desearía que me casase con ella, y mi corazón se inclina á ello. . . Mas por otra parte mi anciano tío Burstad me repite á cada momento que es una locura contraer matrimonio con una jóven sin bienes de fortuna. ¡Qué debo, pues, hacer! . . . ¡qué consejo me dais en esta dura alternativa! . . .

María, que tenía entre sus manos las de Jorge, iba á responder, cuando el coronel tomó la palabra y dijo:

—Yo soy soltero, y permaneceré así toda mi vida; lo que me ha decidido á tomar esta resolución es una aventura acaecida á uno de mis amigos, la cual os voy á referir, escuchad:

En el otoño de 1782, el cirujano Luis Thevenet, de Calais, recibió una carta sin firma, en la que se le invitaba á que al día siguiente se trasladase á una quinta, situada á corta distancia del camino de Paris, llevando consigo todos los instrumentos necesarios para hacer una amputacion. Thevenet estaba reputado en aquella época como el hombre mas sobresaliente en su arte, y con mucha frecuencia recurrían á su habilidad y experiencia, hasta de la misma

Inglaterra. Había estado largo tiempo en el ejército y había adquirido en cierto modo unas maneras bruscas; mas sin embargo, merecía á su natural bondad, no podía menos de apreciarsele. Thevenet se quedó sorprendido al encontrarse con aquel anónimo: el tiempo, el sitio, la hora, todo se hallaba marcado en él; nada se había olvidado, pero faltaba la firma. Sin duda, dijo para sí, alguno quiere divertirse conmigo haciéndome pasar; y no fué.

Pasados tres dias, recibió una nueva invitacion mas apremiante, y en ella le prevenían que al día siguiente á las nueve pararía á la puerta de su casa un carruaje para conducirlo. Efectivamente, á la hora prefijada llegó un elegante birlocho. Thevenet subió en él, y cuando ya estaba fuera de las puertas de la ciudad:

—¿A dónde me llevais! preguntó al cochero.

—*Things unknown to me: I am not concerned for, que quiere decir: No sé nada, no puedo decirlo.*

El carruaje se detuvo á la puerta de una casa de campo aislada.

—¿En dónde me encontraré! . . . ¡quién pertenece esta casa! . . . ¡quién la habita! . . . ¡quién se halla en el interior aquí! . . . preguntó Thevenet al cochero antes de echar pié á tierra. Pero recibió la misma contestacion, y antes de que el cirujano pudiese adelantar mas, salió á recibirle hasta el umbral de la puerta un jóven de veinte y ocho años poco mas ó menos, el cual le condujo á un salon. En el acento se conocia que era inglés; Thevenet comenzó la conversacion:

—¿Sois vos quien me ha llamado! le dijo.

—Agradezco mucho vuestra complacencia, le respondió el inglés. No quereis descansar? . . . Tomad alguna cosa antes de emprender la operacion; aquí tenéis café, chocolate y vino.

—Veamos primero al enfermo, caballero. Necesito examinar el mal para convencerme si no hay otro remedio que la amputacion.

—No es tan urgente, caballero Thevenet; tomad asiento. Tengo confianza en vos; escuchadme. Este bolsillo contiene cien guineas, vuestro es; y si tieneis acierto no su limitará á esto mi reconocimiento; pero si os negais á ello . . . mirad estas dos pistolas . . . que me lleve el demonio si no las disparo contra vos . . .

—Vuestras pistolas, caballero, no me asustan; pero ¿qué me quereis. . . Contadme, os ruego, sin preámbulos ¿á que he venido aquí!

—Vais á cortarme la pierna derecha. —Con toda mi alma, caballero, y la cabeza si gustais. Pero si no me engañais, vuestra pierna se halla perfectamente sana; me habeis precedido por la escalera mas listo que un volatinero. ¿Qué es lo que constituye el mal de vuestra pierna!

—Nada, sino que deseo desembarzarme de ella.

—¿Estais loco? . . .

—No os inquiete eso, caballero Thevenet.

—¿Pues qué pecado ha cometido esa pierna!

—Ninguno . . . pero estais dispuesto á contrariarme!

—No os conozco, caballero; dadme pruebas de que os hallais en vuestro sano juicio; testigos . . .

—Quereis cortarme la pierna, caballero Thevenet!

—Si me dais razones sólidas para mutilaros, sí señor, al momento.

—No puedo decir os la verdad . . . tal vez algun día . . . pero apuesto, caballero, apuesto á que entonces convendreis en que tenia los mas nobles motivos para privarme de esta pierna.

—Yo no apuesto, si no me decís vuestro nombre, vuestra familia y vuestra ocupacion.

—Todo eso lo sabreis mas tarde; por ahora no puede ser; pero reputadme como hombre de honor.

—Un hombre de honor no amenaza á su médico con una pistola; tengo deberes que cumplir con vos, aunque me seais desconocido, y no os mutilaré sin

necesidad. ¡Desais ser el asesino de un padre de familia que no os ha hecho ningun daño! tomad; disparad.

—Bien, caballero Thevenet, repuso el inglés tomando una pistola; yo no obli- garé á que me amputeis la pierna. Lo que no hariais por complacerme, ni por interés, ni por temor de una bala, lo vais á hacer por compasion.

—¿Cómo! . . .

—Voy á romperme la pierna de un tirón á vuestra misma vista. El inglés se sentó, tomó la pistola, y aplicó la boca del cañon á su rodilla. Thevenet iba á detenerle, pero aquel le dijo:

—No os acerqueis, ó disparo. Escuchad una palabra: quereis aumentar y prolongar inútilmente mis padecimientos! . . .

—Sois un loco, caballero, pero émplese vuestra voluntad: voy á cortar esa condenada pierna.

Bien pronto quedó todo dispuesto para la operacion; en el momento de principiarla, el inglés encendió una pipa, y hubiera podido jurarse que no sabia lo que pasaba: no dijo una palabra; la pierna estaba ya sobre el pavimento, y seguía fumando. Thevenet concluyó la amputacion como excelente maestro, y el enfermo se encontró muy aliviado al cabo de poco tiempo. Cada día apreciaba mas á su médico, y con dignidad desembarazado de su pierna. Cuando se halló en disposicion, emprendió el camino de Inglaterra.

—Cerca de cinco meses despues de su partida, Mr. Thevenet recibió la carta siguiente:

—Os incluyo, como prueba de mi reconocimiento, una letra de doscientas guineas, contra Mr. Panchard, banquero de Paris. Me habeis hecho el mas dichoso de los mortales, privándome de un miembro que era un obstáculo para mi felicidad sobre la tierra. Ahora ya puedo daros á conocer las causas de mi estravagante pretension, ó de mi locura, como vos la llamabais. No hace mucho tiempo sosteniais que no habia

motivo racional que alegar para una mutilación como la mía; entonces os propuse una apuesta: si hubiérais aceptado, habríais perdido. A mi regreso por segunda vez de la India Oriental, conocí á Emilia Harley, la más amable de las mujeres. Su fortuna y su familia convenían admirablemente á mis padres; á mí bastaba su hermosura, y su dulzura celestial. Me mezclé entre la multitud de sus adoradores, y ¡ay! mi querido Thevenet, fui bien pronto demasiado afortunado para ser el más desgraciado de mis rivales: me amaba, no lo ocultaba, y precisamente por este amor, me rechazaba. En vano le suplicaba, en vano también sus parientes y amigos intercedían por mí; permanecía siempre inflexible.

“Por largo tiempo me fué imposible descubrir la causa de aquella aversión á formar su enlace conmigo, á pesar de que me amaba con delirio. Por fin una de sus hermanas me descubrió aquel misterio. Miss Harley era un prodigio de hermosura, pero tenía un defecto natural... no tenía más que una pierna, y temía que algún día llegase á despreciarla. Adoptó desde luego mi partido, quiso asemejarme á ella y gracias á vos, caballero Thevenet, lo he conseguido. Volví á Londres con una pierna de madera, y mi primer cuidado fué ir á visitar á Miss Harley. Ya la habían advertido, y yo mismo la escribí al dejar la Inglaterra; me había roto la pierna á consecuencia de una caída del caballo, y que tal vez tendrían que cortármela. Emilia se puso muy triste cuando me vió por primera vez, y durante algún tiempo estubo inconsolable; pero en la actualidad es mi esposa.

“Al siguiente día de nuestra boda, la confié el secreto del sacrificio que en posesión me había costado, y por ello me ama con la mayor ternura. ¡Oh intrépido y generoso Thevenet, que no lo hubiese todavía diez piernas que perder!... me las haría cortar para ofrecérselas á Emilia. Mientras viva, me acordaré de vos. Venid á Londres; venid

á acompañarnos y á conocer á mi mujer, y entonces me diréis si estaba loco.

“CARLOS TEMPLE.”

Thevenet divulgó entre sus amigos la anécdota y la carta que había recibido; se reía de ella á carcajadas, y cada vez que la refería esclamaba, ¡qué loco!... Contó de este modo á la carta del inglés.

“Os doy gracias, caballero, por vuestro regalo: debo llamarle así, porque no puedo considerarlo como pago de mi trabajo. Mil felicidades con vuestra amable inglesa!... Mas me parece que es en verdad demasiado cambiar una pierna por una mujer, aunque sea la más hermosa; con todo, no es mucho, si por fin de cuentas no se sale engañado en el cambio. Adán pagó con una de sus costillas la posesión de su mujer.

“Sin embargo, aun á riesgo de desgradaros, mi observación subsiste: tal vez tendreis razon en el día; pero mañana... aguardaremos... cuidado, caballero, temo mucho que dentro de dos años no os arrepintáis de haber separado vuestra pierna de la rodilla: entonces conoceréis que unidas se encontraban perfectamente. Al cabo de tres años convendreis en que la pérdida del pie hubiera sido suficiente: un año más tarde estareis plenamente convencido de que era bastante sacrificar el dedo grueso, y un poco más adelante, ¡quién sabe si os parecerá demasiado el dedo pequeño!... Dios quiera que concluido el sexto no esteis de acuerdo conmigo en que hubiera valido más que me hubiese contentado con cortar solo las uñas!... Que por lo que digo aquí, no se ofenda vuestra graciosa esposa: las mujeres pueden conservar intactas su hermosura y su virtud, como los hombres sus opiniones. Me acuerdo que en mi juventud rogaba con frecuencia á Dios por la vida de mi amada; pero no le habría sacrificado una pierna, y si lo hubiese hecho, todavía diría: “Thevenet, estabas loco.” Tengo el honor de ser vuestro servidor.

“THEVENET.”

En 1793, Thevenet, que se abata de ver prender á un joven cirujano contra quien se habían concebido sospechas de ser aristócrata, se refugió en Londres para poner su cabeza á cubierto de la cuchilla niveladora de la guillotina. Fuese por curiosidad, ó por cualquier otro motivo, preguntó un día por sí Carlos Temple, y le enseñaron su habitación. Se hizo anunciar, y le introdujeron en ella. En un sillón colocado junto á la chimenea, estaba sentado el gentleman, con una botella que contenía un licor espumoso, y veinte periódicos á su lado.

—Celebro mucho veros, caballero Thevenet, exclamó el inglés, que era el mismo sír Carlos Temple. Disimuléme el que permanezcais sentado, porque esta mala pierna me impide... Probablemente venís á ver si tenéis razón...

—Vengo fugitivo á buscar un asilo en Inglaterra.

—Bien, es alojareis en mi casa, porque en verdad sois un hombre de un juicio excelente y exacto, y me consolaréis. Mirad, si no fuese por esta maldita pierna, tal vez en el día sería admirante. Estaba leyendo los periódicos, y me lleva el demonio por no poder tomar parte en los negocios. Venid y consoladme.

—Vuestra esposa sabrá consolaros mucho mejor que yo.

—No, no; como su pierna de madera la impide bailar, se ha aficionado al juego. No la necesito, aunque por lo demás es una mujer excelente y quizá la mejor del mundo.

—Con que yo tenía razón!...

—Sí, á fe mía, querido Thevenet, pero dejemos eso. Confieso aquí para entre nosotros que he hecho una necesidad. Si pudiese recobrar mi pierna, no me cortaría ni aun las uñas por miservar este secreto y no le descubrais á nadie.

—Ya no me casaré con mi hermosa vecina dijo Félix suspirando, después que el coronel concluyó su historia; el

cual volvió á tomar su pipa, la encendió, y comenzó á fumar.

Entonces Jorge dejó su pipa sobre la mesa, y se espesó así:

—Antes de adoptar una resolución tan grave, mi querido Félix, es necesario examinar el pro y el contra. La historia del coronel es seguramente terrible y fatal; pero permitidme que os refiera otra, que quizá os hará aceptar con gusto las proposiciones de nuestra madre. Oid.

—Ya es demasiado tarde para dar principio á esta historia, dijo María; es preciso que nuestro huésped descanse, y Félix tiene que volverse á la ciudad. Si tu narración es interesante para él, puede venir mañana á escucharla.

Todos quedaron convencidos con las razones de la bondadosa y bella María. Félix regresó á Munich. Jorge condujo al coronel á la habitación que se le había preparado, y los esposos se retiraron á la suya. (S. C.)

## FILOSOFOS Y REFORMADORES.

### FILOSOFOS.

MONTAIGNE.—Miguel, señor de Montaigne, célebre moralista, nació en 1533 en el castillo de este nombre, en Perigord, de una familia originaria de Inglaterra. Su padre le dió por preceptor á un alemán que no hablaba más que latín, de manera que á los seis años el niño sabía el idioma de Tácito; el griego lo aprendió jugando. Su padre dispuso á los que le rodeaban que despartasen al niño todas las mañanas al sonido de una música dulce, á fin de que no adquiriese un carácter áspero. A los seis años pasó al colegio Guiena en Burdeos, y estudió bajo la dirección de los maestros más ilustres de la época, y á los trece años salió después de haber terminado todos sus estudios. Enemigo de la guerra, rehusó seguir la carrera militar prefiriendo estudiar la legislación indigesta de sus contemporáneos; en su consecuencia obtuvo en 1554 el empleo de consejero en el par-